


HOTELEROS DE LA REGIÓN PÁTZCUARO, A.C.

presidenciahoterpac@gmail.com

www.patzcuaro.org

 Hoteles de la región Pátzcuaro

**ASOCIACIÓN DE HOTELES Y MOTELES
DEL ESTADO DE MICHOACÁN, A.C.**

Tel./Fax (443) 315-4675

presidencia@ahmemac.org

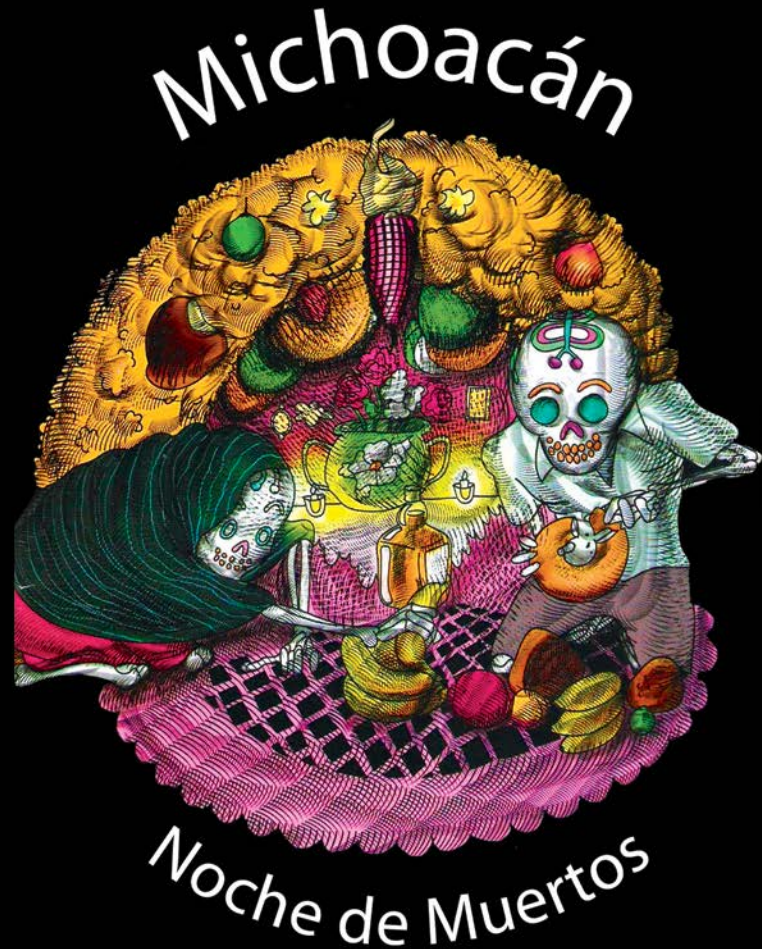
www.hoteles-michoacan.org.mx

DELEGACIÓN REGIONAL DE TURISMO DE PÁTZCUARO

Ahumada No. 9-B, Centro

Tel. (434) 342 1214 y 342 1705

www.patzcuaro.org



FIPROTUR
FEDERACIÓN DE PRODUCTORES TURÍSTICOS

HOTERPAC
HOTELEROS REGIÓN PÁTZCUARO A.C.

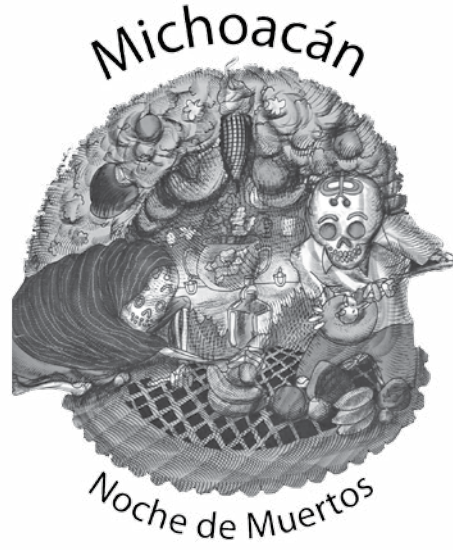
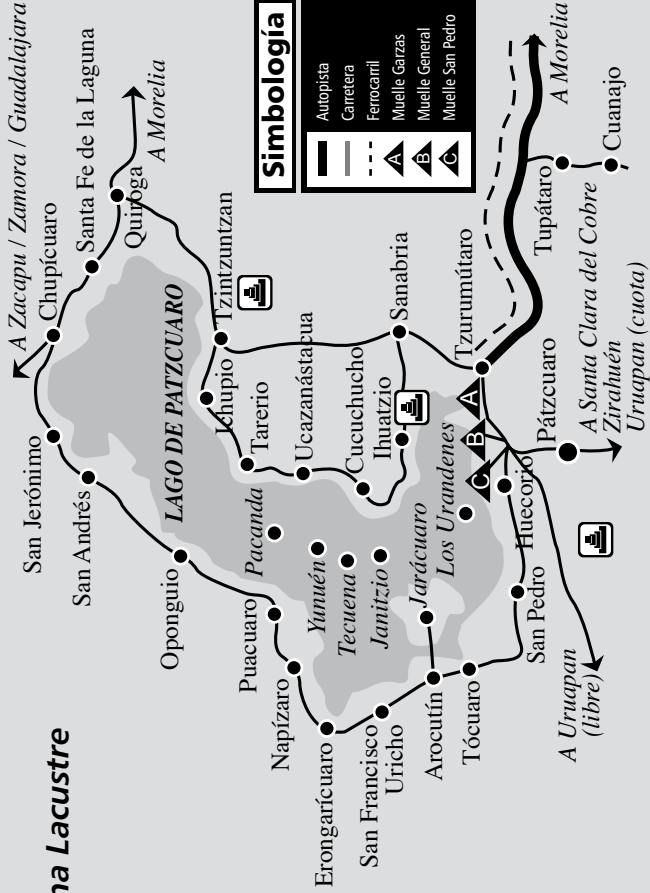

ahmemac
ASOCIACIÓN DE HOTELES Y MOTELES
DEL ESTADO DE MICHOACÁN A.C.

Noche de Tradiciones Michoacán

31 de Octubre,

1 y 2 de Noviembre

Zona Lacustre



Noche de Muertos

Michoacán



La conmemoración del día de muertos



Nuestra tradición de conmemorar a los muertos, es una de las más entrañables y difundidas en nuestro país. Tiene un carácter eminentemente religioso que no sólo tiene fundamentos cristianos tomados de la costumbre de “honrar a los fieles difuntos”, sino que conserva muchas de las características del ritual funerario practicado por nuestros antepasados prehispánicos.

Los rituales de “velación”, la colocación de altares y ofrendas en casas y panteones para rendir culto a los difuntos, son el resultado de un complejo tejido que reúne varias tradiciones culturales: por un lado, las nativas de origen precolombino y, por otro, las españolas cristianas que nos llegaron con la conquista, además de las propias de otros grupos provenientes de África, Asia y Europa que emigraron a México durante la Colonia y, posteriormente, en los siglos XIX y XX.



En Michoacán, la conmemoración del Día de Muertos es una tradición solemne que conserva esa genuina manifestación de profundo respeto y veneración a los seres que materialmente ya no existen y a los que, a través de la ofrenda, se rinde tributo.

El ritual de velación que llevan a cabo muchas de nuestras comunidades indígenas de la región del Lago de Pátzcuaro ha tenido profunda raigambre, y se ha realizado desde épocas ancestrales. Los actuales pobladores siguen manteniendo con modalidades y ritos muy similares en lo fundamental, pero con variantes de acuerdo a sus propias creencias y costumbres.



El lugar donde estamos

Michoacán se ubica en el occidente del país; es un estado que por su geografía y medio ambiente natural presenta una gran diversidad de paisajes y climas. Colinda al este con los estados de México y Guerrero; al noreste, con Querétaro y Guanajuato; al oeste con Colima y Jalisco y, al sur, con Guerrero y el Océano Pacífico. Lo atraviesa el Eje Volcánico Transversal, por lo que su topografía es variada y muestra bellos panoramas serranos, verdes llanuras, cálidas costas y abundantes ríos y lagos. Su historia y cultura se conjugan para dar marco a un interesante recorrido.

Antes de la ocupación española, las tierras michoacanas estuvieron habitadas por un importante grupo étnico y lingüístico: los p'urhepechas, que en lengua mexicana eran llamados "michoaques" y a la tierra por ellos habitada Michoacán, palabra que se traduce como "lugar donde abunda el pescado". Los cronistas de los primeros tiempos coloniales se refieren a los michoaques como "tarascos"; pero los actuales pobladores de las regiones donde se asentaron los antiguos habitantes del estado se autodenominan como "p'urhepechas".

De su origen poco sabemos, sólo lo referido por la Relación de Michoacán, en la que se comenta que era un grupo de chichimecas llamados por ellos mismos "Uacúsechas", quienes arribaron a Michoacán dirigidos por el señor Hireticitáteme. Tras un largo peregrinar, primero se asentaron en un lugar cercano a Zacapu y, más tarde, se establecieron en las proximidades de Santa Fe de la Laguna. Tariácuri, uno de los principales gobernantes, logró consolidar el señorío de Tzintzuntzan, lugar donde se localiza uno de los centros ceremoniales más importantes de los p'urhepechas, en donde sobresalen las "yácatas", que eran los templos o "cúes" de nuestros antepasados.

El imperio p'urhepecha se distinguió por ser un pueblo guerrero al que los mexicanos nunca pudieron conquistar; célebre fue la derrota inflingida por los michoacanos a los aztecas comandados por Axayácatl, en la frontera Taximaroa, hoy Ciudad Hidalgo.



A la llegada de los españoles, los michoacanos se sometieron pacíficamente, por lo que la conquista en Michoacán fue fundamentalmente espiritual. Sin embargo, con el establecimiento de la Primera Audiencia, Nuño de Guzmán, su presidente, emprendió contra los p'urhepechas una guerra cruel, con lo cual se despoblaron los numerosos pueblos habitados. La pacificación fue lograda por los evangelizadores franciscanos y por Vasco de Quiroga, Oidor de la Segunda Audiencia, quien arribó al estado en 1533, y más tarde, ya como Obispo -el primero que tuvo la entidad- emprendió a fondo la conquista espiritual de la región y combatió los abusos de los encomenderos españoles.

De esta conquista espiritual resultó un rico sincretismo religioso, siendo una de sus muestras la conmemoración de Muertos, que aún en nuestros días se efectúa en algunos lugares de la región lacustre como Janitzio, Ihuatzio, Tzurumútaru, Tzintzuntzan y Jarácuaro, así como en algunas comunidades de la Meseta P'urhepecha.

La dualidad vida-muerte en la concepción prehispánica

Los pueblos prehispánicos concibieron al universo como un concierto de contrarios, mundo de dualidades necesariamente opuestas en un juego que daba origen a la existencia misma de los seres. Dentro de esta concepción, el binomio vida-muerte era considerado como dos aspectos de una misma realidad, una consecuencia de la otra, parte de un mismo proceso de relación-destrucción que había dado origen al universo, al mundo y a la humanidad. Lo que determinaba el lugar donde se iba después de morir dependía, no de la manera de vivir, sino de la forma de morir.

El mundo mesoamericano estaba dividido en tres planos que constituían una unidad en la que ninguna de las partes podía prevalecer sobre las otras: la parte superior o cielo, el plano medio o mundo de los hombres y la parte inferior o inframundo, reino de la oscuridad y de la muerte.



Los p'urhepechas, compartieron esta misma concepción. Su universo, también tripartita, era designado como: el Auándaro o cielo, habitado por los dioses celestes o engendradores representados por el sol, la luna, las estrellas, las águilas mayores y menores y otras aves del cielo: Echerrendo o la tierra donde habitaban los dioses terrestres, dioses que habían descendido para convivir con los hombres, los cuales se hacían presentes en el fuego del hogar o en espíritus que moraban en los animales del monte, en el aire, en el agua de los lagos y ríos y en las grandes rocas; y Cumiechúcuaro o región inferior, lo profundo de la tierra, morada de los dioses que gobernaban el mundo de la muerte.

Cada uno de estos planos estaba dividido en cinco rubros: el centro, el oriente, el norte, el poniente y el sur, a las que correspondía un color, que al parecer para los p'urhepechas fueron: el centro al azul, el oriente al rojo, el norte al amarillo, el poniente al blanco y el sur al negro.

El Inframundo, llamado por los españoles “infierno” del latín *inferus* que significa región inferior, para los p'urhepechas era el equivalente al paraíso o cielo cristiano, y se le consideraba como un lugar de deleite; se pensaba que en él reinaba la negrura o la sombra. El nombre para designarlo era “Pátzcuaro”, que literalmente se traduce como “lugar de la negrura”; es decir, el mundo de la muerte, puesto que la noche es la muerte del sol que va a reinar en la región de las sombras.

Pátzcuaro también fue considerado como la “Puerta del Cielo”, lugar por donde acudían y subían los dioses y asiento temporal del Curicaueri, dios del sol y del fuego, al que ofrendaron en este lugar.

Los dioses de la muerte estuvieron representados, entre otros, por: Uitzume, el “perro del agua”, servidor del Señor del Paraíso; Ucumo, “topo o tuza” que gobernaba el Cumiechúcuaro. El maestro Corona Núñez supone pudo haber sido también otra de las regiones del Inframundo, ubicada al sur; Thiuime “ardilla negra”, dios de la guerra; guerrero negro como el Tezacatlipoca de los nahuas con adornos y plumajes blancos, por lo que se sitúa en el poniente; y el Apatzi, o



comadreja que bien pudo localizarse en Apatzingán, ya que esta palabra se traduce como “lugar de comadrejas”.

Puede decirse que todos los animales que viven bajo la tierra eran considerados por los p'urhepechas como representantes de los dioses de la muerte, máxime que devoraban las raíces de las plantas, como los topos, y provocaban su muerte.

Poco se conoce de la región y los rituales practicados por los p'urhepechas, ya que la Relación de Michoacán o Códice Escorialense, escrito que describe las costumbres y la etnohistoria de los michoacanos, está mutilado, su primera parte que probablemente narra su cosmogonía y religión se perdió.

Sin embargo, la misma Relación nos informa cómo eran los ritos funerarios realizados con motivo de la muerte del *cazonci*, su gobernante: los caciques del reino ataviaban al *cazonci* con mantas, rico plumaje y joyas; su cuerpo lo hacían acompañar de sus armas de guerra pero, además, se sacrificaban a varios de sus servidores quienes llevaban consigo sus instrumentos de trabajo, según el oficio con que habían servido al monarca, para seguirle sirviendo en el “más allá”. A la media noche partía la procesión con el cuerpo del *cazonci* hasta el “patio de los cués grandes”, donde iba a ser incinerado. Ya por la mañana se juntaban las cenizas y las ponían en una manta a la que colocaban una máscara de turquesa, orejeras y brazaletes de oro, collares de turquesa y concha, rico plumaje en la cabeza, rodela de plata a la espalda: su arco y flechas y lo sepultaban al pie del templo del dios Curicaueri, en un sepulcro previamente arreglado y provisto de vino y comida, flechas, jarros, ollas, etc. La tinaja donde depositaban las cenizas del *cazonci* era colocada encima de una cama de madera que miraba al oriente; durante cinco días guardaban luto.

Los ritos funerarios eran aplicados también a los demás miembros de la comunidad, a quienes se ponía en ofrenda, todos aquellos objetos que pudiera necesitar y que le permitirían continuar con el trabajo realizado en la tierra y conservar su posición social dentro del grupo.



La Época Colonial y la Nueva Concepción

La tradición religiosa mesoamericana sufrió transformaciones culturales con la conquista y evangelización, “naciendo religiones indígenas coloniales” -en la opinión de Alfredo López Austin-, ya que los naturales mezclaron sus costumbres y creencias con las cristianas implantadas en el Nuevo Mundo por los conquistadores.

Con la llegada de los españoles, cuya conquista se fundamentó en la evangelización; los religiosos buscaron de inmediato la destrucción de las antiguas creencias y sus prácticas, consideradas “idolátricas”. Así, las deidades de la muerte fueron destruidas, no así el culto a los muertos que conjuntó los conceptos y prácticas que ambas culturas tenían.

Costumbres y ritos católicos funerarios en el momento de la muerte y horas anuales a los difuntos fueron fácilmente aceptados por los pueblos precolombinos ya que, en cierta manera, coincidían con los antiguos hábitos.

Según se sabe, la iglesia estableció la conmemoración de difuntos para el día 2 de noviembre. Se dice que fue el benedictino San Odilón, Abad de Cluny, quien hacia 1049, a través de su revelación, fija esta fecha para dedicarla a las “ánimas del purgatorio”, lo cual fue apoyado por los pontífices, generalizándose la fecha para tal fin.

El ritual católico para celebrar a los muertos, desde San Odilón, consistía en la celebración de misas, sufragios, oraciones de diversos tipos, responsos, limosnas y oblaciones, por ser las plegarias las formas activas que tenían los vivos para ayudar a los muertos.

Por otra parte, las ideas cristianas del cielo y el infierno, la resurrección del cuerpo y la inmortalidad del alma, penetraron en el mundo indígena más que con las prédicas, a través del arte. El teatro, la escultura, la pintura y la música fueron los medios más eficaces de que se valieron los



evangelizadores para cumplir su misión. Así encontraremos en la decoración de capillas y templos de las comunidades indígenas muestras iconográficas que aluden a estos temas, uno muy representado en los primeros tiempos de la Colonia fue el Infierno y sus abrazadoras llamas que consumen a las almas pecadoras; el fin: enseñar el temor a Dios y salvar las almas de cometer pecados capitales.

A las creencias religiosas se incorporaron las costumbres populares usuales en España, donde también se hacían ofrendas: se adornaban las tumbas con flores y se ofrecían alimentos; incluso, se preparaba un pan especial “el pan de ánimas”; se alumbraba a los muertos con lámparas de aceite y se hacían oraciones como parte de los actos religiosos. Los alimentos preparados pan, buñuelos y otros, se comían una vez concluida la celebración.

Así, las costumbres indígenas se entrelazaron con las influencias del Viejo Mundo para formar una tradición mexicana. De los rituales practicados con este motivo, el más difundido, sin duda, fue y ha sido hasta nuestros días, la visita a los cementerios; pero también se colocaban altares en los hogares donde se ponía agua, velas o veladoras, flores y algunos alimentos, de acuerdo a lo que producía cada región y a los platillos de la preferencia del difunto.

Las ofrendas

En nuestros días, la conmemoración del día de muertos conserva esa carga significativa, religiosa y popular que sigue rindiendo tributo a los ya idos, en un ambiente de duelo y de fiesta, de tristeza y de algarabía, porque pervive la creencia en la continuidad de la vida después de la muerte, de que las almas de los muertos viajan y se comunican con los vivos; la incertidumbre acerca del destino de las almas provocada por la certeza del juicio final que enviará a los espíritus del cielo, al infierno, al purgatorio o al limbo, siguen siendo el sustento y razón de ser de los rituales funerarios.

En Michoacán, las celebraciones comienzan desde el 31 de octubre, con la cacería del pato, actividad a punto de desaparecer por la escasez de palmípedos, pero que



aún se efectúa, a la que sigue la colocación del altar de “angelitos”, el día 1º de noviembre, para concluir con las honras a los difuntos el día 2. Estos rituales se llevan a cabo principalmente en la región lacustre del lago de Pátzcuaro y algunas otras comunidades p’urhepechas.

La cacería del pato ***(Kuirisi-Atakua)***

Todavía hace algunas décadas era practicada esta actividad por muchos de los pueblos aledaños al lago de Pátzcuaro, la cual era todo un espectáculo; ver a los cazadores que salían desde los diferentes puntos cardinales, en sus tradicionales canoas, en busca de ánades. Los más diestros los cazaban al vuelo y otros en sus escondites naturales. Hoy día esta práctica sólo se conserva en algunos lugares como Janitzio.

Desde horas tempranas del día 31 da inicio la cacería del pato, el cual servirá para preparar algunas viandas que se han de ofrecer a los difuntos durante los días posteriores. Un buen número de cazadores provistos de sus fisgasarpón o lanza, armadas con carrizo y disparadas por medio de un tirador, que sirve para dar mayor alcance al brazo y algunas armas de fuego. Se reúnen por comunidades y acuerdan salir, a una hora determinada, a la cacería que no sólo se practica con fines ceremoniales, sino también deportivos.



Reunión y ofrenda ***(Teruscan y campaneri)***

Parte de las ceremonias que se efectúan para estos días, es la reunión y ofrenda colectiva organizada por los jóvenes p’urhepechas; es como una especie de “rapiña” permitida y apoyada por las autoridades de la comunidad. Anteriormente esta tradición la llevaban a cabo varios de los pueblos ribereños, ahora está a punto de desaparecer.

El juego da inicio la noche del día 1º de noviembre, cuando los jóvenes del poblado, acompañados de su pisote (guía), nombrado en cada pueblo el 19 de marzo y cuya función era coordinar los festejos religiosos y populares, celebraban el teruscan, -especie de hurto aprobado-, para lo cual toman, a escondidas de los ekuaros (corrales) o de los techos de las casas, mazorcas de maíz, chayotes, calabazas, flores y otros productos de las recientes cosechas. Los adultos esperaban lo recolectado, en el atrio de la iglesia o en la casa comunal o huatápera, lo que era conocido en un perol propiedad de la comunidad, aparte de servir de ofrenda para aquellos difuntos que ya no tienen quien los recuerde o simplemente que los han olvidado, era distribuido entre los asistentes a la velación.

La ofrenda de los frutos de la cosecha la recolectaban el día 2 por la mañana, cuando salían a pregonar por las calles del pueblo la campaneri, que es una donación. El producto así obtenido se entregaba al cura del lugar, que decía responsos en el templo la tarde de ese mismo día.

Velación de angelitos ***(Kejzitakua zapicheri)***

Para el día 1º de noviembre se ponen ofrendas y altares a los “angelitos”, o muertos chiquitos que han dejado el mundo de los vivos. Si es su primera ofrenda, el padrino de bautizo lleva un arco, el cual será arreglado con flor de cempoalxóchitl o tinguini-tzitziqui (en p’urhepecha, flor amarilla) y flor de ánima, propias de esta época; asimismo,



lleva dulces de azúcar con figura de ángel o de animalitos, juguetes e inclusive ropa, como parte de la ofrenda.

La preparación de la ofrenda en la que toda la familia interviene, es anunciada con cohetes, al igual que durante el recorrido de su casa, a la de los papás del ahijado. En el trayecto van cantando alabanzas y rezando; mientras, en el hogar del pequeño difunto, los padres han dispuesto el altar donde se colocará la ofrenda y han preparado platillos de la cocina tradicional, como pozole, nacatamales y atole, entre otros, que se invitarán a los que llegan.

La mañana del día 1º, muy temprano, los papás y padrinos del niño se dirigen al panteón a llevar la ofrenda. En la tumba permanecen entre las 5:00 y las 9:00 horas, tiempo en el que encienden velas como un recordatorio de la luz de Cristo y le tributan lo que le han llevado en su ofrenda.

Las ofrendas de "angelitos" es una tradición que llevan a cabo todos los pueblos ribereños del lago de Pátzcuaro y de la Meseta P'urhepecha con algunas variantes. En la isla de Janitzio, por ejemplo, la celebración se hace en el atrio del templo, el día 1º, por la mañana (de 7:00 a 10:00 horas), lugar donde acuden las madres y hermanos de los niños; y en sus tumbas crean bellos adornos con flores, con juguetes de madera, tule y paja. Los regalos que no se les hicieron en vida adornarán su altar en la velación.

En Huecorio, a los niños se les recuerda en sus casas, con la colocación de altares el día último de octubre por la noche; sus ofrendas serán vistosamente adornadas con dulces, pan, juguetes de madera de Tócuaro, de barro de Ocumicho, así como ropa que los padres han traído de Pátzcuaro.





La Velación de los Muertos en diferentes lugares de la región del Lago de Pátzcuaro (animecha kejtzitakua)

Como ya dijimos, el día 2 de noviembre la ofrenda está dedicada a los difuntos grandes o adultos. La velación comienza la noche del día primero con la preparación de las ofrendas que se han de colocar en las tumbas o en los altares familiares y concluye ya entrada la mañana del día 2. Para los muertos recientes, es decir los de primera ofrenda, las honras empiezan con el novenario, que inicia nueve días antes, haciendo coincidir el último día con el de muertos; familiares y amigos allí reunidos rezan el rosario y piden por el eterno descanso del alma del difunto.

Concluidas las actividades en la casa, salen con la ofrenda hacia el cementerio, donde habrán de permanecer hasta el amanecer, al igual que los demás habitantes de la localidad que ofrendaron a sus deudos. Durante la velación acostumbran intercambiar las ofrendas con las personas cercanas o conocidas, como una forma de no regresar las mismas cosas a sus hogares.

En los sepulcros se colocan arcos de varas entrelazadas, arreglados con flores amarillas de cempoalxóchitl, de los que prenden frutas como plátanos, naranjas, limas, jícamas y panes en forma de animales o de rosca cubiertos con gránulos de azúcar, pigmentos en color rosa, así como figurillas de azúcar en formas diversas. Las tumbas son cubiertas con servilletas bordadas y sobre ellas ponen cazuelas, jarros y canastas con la comida que fuera del gusto del difunto y las velas que guiarán el camino de los muertos.

El altar familiar, que se coloca en los hogares, se compone según la costumbre de cada lugar, instalándose imágenes religiosas, fotografías de los familiares que han dejado este mundo; en ocasiones, ropa y objetos personales o de trabajo, para evocar su presencia; se encienden velas alrededor de una cruz de pétalos de flor de cempoalxóchitl, las cuales deberán permanecer encendidas, ya que éstas les servirán de guías a los muertos. Asimismo se disponen, en floreros



de barro negro, que es la cerámica utilizada con fines ceremoniales, ramos de flor amarilla y de ánima, y pequeños sahumeros del mismo material, con oloroso y humeante copal. Los alimentos son variados: frutas y vegetales, pan, atados de maíz, generalmente de color, dulces de azúcar de formas diversas; sin faltar los vasos con agua para las ánimas que llegan sedientas y los recipientes con sal, a la que se atribuye múltiples significados, para algunos representa el sudor, para otros es ofrenda a la tierra; hay quienes la identifican con la sal del bautismo o evocación de que sirve para evitar la corrupción de los cuerpos. Un camino de pétalos de flor de cempoalxóchitl, dispuesto desde la puerta de entrada, hasta el altar conducirá a las ánimas hasta la ofrenda.

Tzintzuntzan

En esta población que fuera la capital del reino p'urhepecha y, más tarde, después de la conquista, la primera ciudad de Michoacán, la velación da inicio en los primeros minutos del día 2 en el panteón, donde comienzan a encenderse los cirios y velas sobre las tumbas previamente aseadas y en las que van colocando su singular ofrenda: flores y alimentos que se hacen acompañar de las mejores piezas de cerámica que se manufacturan en la región: loza negra y vidriada, loza blanca, así como ángeles de paja y madera tallada.

Janitzio

En esta pintoresca isla del Lago de Pátzcuaro se preparan para empezar la conmemoración de la animecha kejtzitakua la noche del día primero, muy cerca de la media noche, antes de terminar el día de Todos los Santos; las mujeres y los niños van llegando silenciosos al cementerio para poner la ofrenda a sus deudos: bellas flores amarillas y sobre los manteles bordados, colocarán los alimentos que fueran del gusto del difunto. Las velas encendidas en el cementerio iluminan los rostros de los que, en aquella noche, partirán con los muertos. Una campana colgante al arco que marca el acceso al campo santo tañerá toda la noche para invocar a los ausentes. Para los habitantes de Janitzio, participar en el ritual de velación es un deber sagrado.



Jarácuaro

Lugar, que según se sabe estuvo poblado desde tiempos muy antiguos, ha conservado su tradición dentro de una atmósfera de más pureza. Allí la ceremonia inicia con la colocación de grandes arcos, uno por cada barrio, que se sitúa en el atrio de la iglesia. La ornamentación de los arcos está hecha de flores, huinumo y otras plantas acompañadas de objetos de uso común. Luego, en la plaza se dan cita los grupos de danzantes quienes ejecutan bellas piezas a través de las cuales muestra su virtuosismo: Jarácuaro es famoso por sus músicos y danzantes.

Mientras, en los hogares se preparan las ofrendas que las mujeres han de llevar al panteón al amanecer. Las ofrendas son retiradas cuando el sol está en lo alto y llevadas al templo donde se entonan los “alabados”. Por la tarde del día 2, las ofrendas se reparten entre los fieles que parten al panteón a la ceremonia de bendición de sepulcros.

Ihuatzio

Antiguo centro ceremonial de los p'urhepechas, ubicado en la ribera del lago de Pátzcuaro, a 12 kilómetros por la carretera Pátzcuaro-Quiroga, la velación se realiza de manera muy similar a los demás poblados, pero se conserva ese carácter de genuina tradición que los tiempos modernos han respedato.

Tzurumútaro

En esta población, ubicada a pocos kilómetros de la ciudad de Pátzcuaro, la conmemoración a los muertos se desarrolla de forma semejante a las anteriormente descritas, pero en la que el trabajo agrícola se ve reflejada en los adornos y ofrendas que se colocan en las tumbas: calabazas, plantas de maíz, flores de la estación, combinadas con multitud de velas y veladoras que iluminan el cementerio.

Estos son, en lo fundamental, los rituales que en el estado de Michoacán se realizan para conmemorar a los muertos, símbolo de devoción y de reafirmación de nuestras creencias, pero también de recuerdo y presencia de los que simplemente se han adelantado en el viaje.



**Commemoration
of the Day of the Dead**



Our intimate and well-known tradition of commemorating the dead is of an imminently religious character, which is not only fundamentally Christian taken from the custom of honoring the faithful deceased, but also one that conserves many of the characteristics of the funerary ritual practiced by our pre-Hispanic ancestors.

The rituals of the vigil, including the placement of altars and offerings in homes and cemeteries in order to pay homage to the dead, are the result of a complex weaving of various cultural traditions: on one hand, the indigenous of pre-Colombian origin, and on the other hand, that of the Spanish Christians who arrived with the Conquest; and, in addition, the properties of other groups from Africa, Asia, and Europe that migrated to Mexico during the Colonial period or later (19th and 20th centuries).

The commemoration of the Day of the Dead in Michoacán is a solemn tradition that preserves a genuine outpouring of profound respect and veneration for beings who, in a material form, no longer exist and to whom, through the offering, are given tribute.

The ritual of the wake that takes place in many of our indigenous communities in the area around Lake Pátzcuaro is deeply rooted. Today people maintain characteristics and rites very similar to those observed in earlier times, with only minor variants according to their own beliefs and customs.

Where we are

Michoacán is located in the western part of the country. It is a state that, as a result of its geography and natural environment, offers a great variety of landscapes and climates. Michoacán is bordered to the east by the states of Mexico and Guerrero, to the north by Querétaro and Guanajuato, to the west by Colima and Jalisco, and to the south by Guerrero and the Pacific Ocean. The state is crossed by the Transversal Volcano Axis and its topography is varied, with beautiful mountain panoramas, green plains, tropical coastal areas, and abundant rivers and lakes. Its history and culture are fused, creating an interesting journey for the traveler.



Prior to the Spanish occupation, the lands of Michoacán, which means place abundant in fish, were inhabited by an important ethnic and linguistic group, the Tarascans. In the Mexica language the Tarascans were referred to as the Michoagues. The chroniclers of the early Colonial period referred to the Michoagues as the tarascos, however, the descendants of these people today call themselves the P'urhepecha.

We know little of their origin, just what is described in the Account of Michoacan, in which it is discussed how a group of Chichimecas who called themselves Üacusechas, arrived in Michoacán led by the Lord Hiretiticatemé.

After a long pilgrimage, they first settled in a place near Zacapu, and later, near what is known today as Santa Fe de la Laguna. Tariacuri, one of the first governors, was able to consolidate rule in Tzintzuntzan, the site of one of the most important ceremonial centers of the Tarascans, especially the Yacatas which were the temples of our ancestors.

The Tarascan Empire was distinguished as being comprised of a warring people whom the Mexicas could never conquer. A much-celebrated defeat was suffered by the Aztecs (Mexicas) under the command of Axayacatl at the hands of the Tarascans at the frontier of Taximaroa, today known as Ciudad Hidalgo.

Upon the arrival of the Spanish, the Tarascans surrendered peacefully, therefore the conquest of Michoacán was fundamentally spiritual. Nevertheless, with the establishment of the First Court its president Nuño de Guzmán initiated a cruel war against the Tarascans, depopulating the inhabited towns. Pacification was achieved by the Franciscan evangelists and by Vasco de Quiroga, judge of the Second Court. He arrived in the state in 1533 and, later as the first bishop, he initiated the spiritual conquest of the region, while at the same time fighting against the abuses committed by the Spanish landowners.

As a result of this spiritual conquest there came to be a



rich blending of religious beliefs, one example of this being the commemoration of the dead, which is celebrated even today in places such as Janitzio, Ihuatzio, Tzurumútaró, Tzintzuntzan, and Jarácuaro, among others.

The pre-hispanic concept of the duality of life and death

Pre-Hispanic people conceived of the universe as a concert of contradictions, a world of dualities necessarily opposite in a game that has as its origin the very existence of human beings. Within this concept, the Life-Death binomial was considered to be two aspects of the same reality, a consequence of the other, part of a same process of creation-destruction that had given birth to the universe, the world, and humanity. The location to which a person went after death was determined not by the way in which one lived, but rather by the manner in which one died. The Meso-American world was divided into three planes which constituted a whole in which none of the parts could prevail over the others: the highest part, or the sky; the middle plane, or the world of men, and the lowest part, or the underworld, kingdom of darkness and death.

The Tarascans shared this concept. Their universe, also made up of three parts, was designated as: the Auándaro or Heaven, inhabited by celestial gods or creators represented by the sun, moon, stars, small and large eagles, and other birds. Terrestrial gods lived on Echerendo or Earth. These gods had descended to live among men, and it was they who were present in the hearth of the dwelling or in spirit that lived in the animals of the mountains, in the air, in the water of lakes and rivers, and also in large rocks. In Cumiehchúcuaro, or in the greatest depths of the underworld, dwelled the gods who governed the World of Death.

Each of these planes was divided into five areas: the Center, East, North, West, and South to each of which there was a corresponding color. It appears that to the Tarascans these were: blue in the Center, red in the East, yellow in the North, white in the West, and black in the South.



The Underworld, called *infierno* by the Spanish – in Latin *inferus* – which means the lower region, was the equivalent of Heaven or the Christian sky for the Tarascans. They considered it a place of pleasure, but they also believed that in that place darkness ruled. The name designating that place was Pátzcuaro, which was literally translated as “place of darkness”, in other words, the world of death, because night is the death of the sun which is going to rule in the land of shadows.

Pátzcuaro was also considered to be the “door to the sky”, the place through which the gods ascended and descended, and the seasonal seat of Curicaueri, god of sun and fire, to whom offerings were made in this place.

The gods of death were represented by, among others: Uitzume, the water dog, servant of the god of Paradise; Ucumo, a mole that governed the Cumiechuquaro, which the teacher Corona Nuñez theorized could have been another of the regions of the underworld located in the South; Thiuiime or “black squirrel”, god of war; the black warrior – like Tezcatlipoca of the Nahuas– with adornments and white feathers who was located to the West; and the Apatzi, or weasel, which could have been located in Apatzingán, as that name translates as the “place of weasels”.

All the animals that live under the surface of the earth were considered to be representatives of the gods of death for the Tarascans, especially because they at the roots of plants, as do moles, causing the death of the plant.

We know little of the religion and rituals practiced by the Tarascans, as the Account of Michoacán or the Escurialian Codex, a writing that describes the customs and ethno-history of the Michoacanos, is mutilated. The first part, which probably described the cosmogony and religion has been lost.

Nevertheless, the same Account of Michoacán tells us how the funerary rites occurred based on the death of the Cazonci, their leader. The chiefs of the kingdom adorned the Cazonci with blankets, rich plumage, and jewels. His body



was accompanied by his weapons. In addition, several of his servants were sacrificed. They carried with them the various tools necessary to perform their daily tasks, according to the job with which they served the monarch, in order to continue serving him in the next world. At midnight the procession carrying the body of the Cazonci departed walking toward the “patio of the large guinea pigs” where his body was to be incinerated. In the morning his ashes were gathered and put into a blanket upon which they placed a turquoise mask, gold ear plugs and bracelets, turquoise and shell necklaces, rich plumage around the head, silver shields, and a sword. His bow and arrows were interred at the base of the temple of Curicaueri, in a tomb previously arranged with wine and food, arrows, clay jars, clay pots, etc. The large earthen jar in which they used to deposit the ashes of the Cazonci was placed on a bed of wood that faced to the east. This was followed by five days of mourning.

The funerary rites were also applied to the other members of the community. These were given offerings, all the objects considered necessary for the journey, those that allowed for continuation of the person's vocation on earth, as well as those that conserved the deceased's social position within the group.

The Colonial Period and the New Notion

The Meso-American religious tradition suffered severe cultural transformations as a result of the Conquest and subsequent evangelization. Alfredo López Austin called it the “birthing of indigenous Colonial religions” as the indigenous blended their customs and beliefs with the Christian ones sown in the New World by the conquerors.

The newly arrived Spanish priests, who fundamentally emphasized an evangelical conquest, immediately attempted to destroy all the ancient beliefs and practices which were considered to be based on idolatry. Therefore, the gods of death were destroyed, but not the cult to the dead that joined the concepts and practices that both cultures revered. Catholic funerary rites and customs, as well as the annual homage paid to the dead, were easily accepted by pre-



Colombian people, since, in a sense, these coincided with the ancient customs.

It is believed that the Church established the commemoration to the dead on the 2nd of November because the Benedictine Saint Odilón, Abbey of Cluny, fixed upon that date, based on a vision, in order to dedicate it to the “Souls in Purgatory”. It was later approved and implemented by the Pontiffs.

The Catholic ritual to celebrate the dead has consisted, ever since the times of Saint Odilón, in the celebration of masses, suffrages, prayers of various types, responsories to the dead, alms, and Holy Communion, which combine to be the prayers with which the living can help the dead.

However, the Christian concepts of Heaven and Hell, the resurrection of the body and the immortality of the soul, penetrated the indigenous world more through art than through sermons. Theater, sculpture, paintings, and music were the most effective mediums used by the evangelicals to achieve their mission. Thus, we find iconographic examples that allude to these themes in the decoration of chapels and churches in indigenous communities. One oft represented concept in the early days of the Colonial period was that of Hell with its flames embracing and devouring the sinners. The idea was to teach a fear of God and to save the people from committing major sins. The popular Spanish customs of giving offerings were incorporated into religious beliefs. The Spanish would adorn graves with flowers, and they would leave food offerings including a special bread known as “souls' bread”. Tombs were illuminated with oil lamps and they said prayers as part of the religious aspect. Bread, fritters and other foods were prepared and then eaten upon conclusion of the celebration.

Thus, indigenous customs were interwoven with those of the Old World to form the Mexican tradition. Of these rituals, the most wide spread has been and continues to be the visit to the cemetery. Also, altars are put up in homes where people put water, candles, flowers, and food, according to what is produced in the region and also the favorite dishes of the deceased.



The Offerings

Today, the commemoration of the dead conserves its religious and popular significance of paying tribute to those who have passed away in an environment steeped in contradictions, of bereavement and celebration, of sadness and silly gibberish. The beliefs that life continues after death, that the souls of the dead travel and that they communicate with the living, the uncertainty about the destiny of souls provoked by the certainty of final judgement which will send them to Heaven, Hell, Purgatory, or Limbo, continue to be the substance and the reason for the existence of the funerary rituals.

In Michoacán the celebrations begin on the 31st of October with the Hunting of the Duck, an activity on the verge of disappearing due to the scarcity of ducks. This is followed by the placement of the Altar of the Little Angels” on November 1st, and concluding with the homage to deceased adults on the 2nd. These rituals take place mainly in the region around Lake Pátzcuaro and some other P’urhepecha communities.

The Hunting of The Duck (Kuirisi-atakua)

This activity was still practiced by people from many of the towns surrounding Lake Pátzcuaro up until a few decades ago. It was quite a show to see the hunters emerging from the cardinal points in their traditional canoes in search of ducks. The most skilled hunted ducks on wing, others sought them out in their natural hiding places. Today this tradition continues only in a few towns, such as Janitzio.

The hunt begins in the early hours of the 31st. The kill will serve as part of the food offered to the dead in the days to come. A number of hunters practice this tradition both for ceremony and sport. They utilize harpoons or lances armed with reeds as well as some firearms, and meet by community to determine the hour and the hunting grounds.



Gathering and Offering ***(Teruscan y Campaneri)***

Included as part of the ceremonies which occur during these few days is the collective gathering and offering organized by the P'urhepecha youth as a type of "looting" which is both accepted and supported by the authorities of the community. This used to be a common tradition around the Lake, but is quickly disappearing.

The game began the night of the 1st of November when the young people of the town, accompanied by their guide, celebrated the teruscan - a type of acceptable theft – stealing ears of corn, chayotes, squash, flowers and other recently-harvested food products from corrals and rooftops. The guide was appointed in each village March 19th and his function was to coordinate the religious and popular festivities. The adults waited for the loot in the atrium of the church or in a community house to cook the food in a community- owned copper kettle. This offering served as an offering to those deceased who no longer had living relatives who remembered them or those who had simply been forgotten, and was distributed among those in attendance at the wake.

The offering of the fruits of the harvest was gathered the morning of the 2nd when the townspeople would go into the streets shouting proclamations to the effect. This was known as the Campaneri, or the donation. The products thus obtained were handed over to the priest of the town, who said responsories for the dead that same afternoon.

Vigil of the Little Angels ***(Kejtzitakua Zapicheri)***

Offerings and altars are placed for dead children on the 1st of November. If it is the first offering, the godfather from the baptism brings an arch, which is arranged with flowers known as cempoalxóchitl or tiringuini- tzitziqui or marigolds and flower of the soul, a type of orchid that blooms this time of year. The arch also has sugar candies in the form of angels or



small animals, toys, and even clothing.

The entire family participates in decorating the altar. This is announced with firecrackers during the walk from the godparents' house to that of the deceased godchild. Those in the procession sing and pray. In the home of the deceased child, the altar is hung. The parents have prepared traditional dishes such as pozole (corn and pork stew), tamales (corn meal cakes), atole (a hot, flavored cornstarch beverage), among others and invite those in the procession.

Very early on the morning of the 1st, the parents and godparents of the child take the offering to the cemetery. They remain there from five to nine AM, at which time they light candles as a remembrance of the light of Christ and they tribute their offering to the child.

The offerings of the "Little Angels" is a tradition that takes place in all the towns around Lake Pátzcuaro albeit with some variations. On the Island of Janitzio, for example, the celebration takes place in the atrium of the church from seven to ten the morning of the 1st and is attended by the mothers and siblings of the deceased children. Beautiful decorations made of flowers adorn the graves, as well as wooden and straw toys. Gifts the children never received while alive adorn their altars during the wake.

In Huecorio the children are remembered in their homes with the placement of altars placed the evening of October 31st. The offerings are lavishly adorned with sweets, bread, wooden toys from Tócuaro, clay toys from Ocumicho, and clothes that the parents have brought from Pátzcuaro.

The Wake for the Dead ***In Different Places in the Region of Lake Patzcuaro*** ***(Animecha Kejtzitakua)***

As previously stated, the offering is dedicated to adults who have passed on November 2nd. The vigil begins the previous evening with the preparation of the offerings that will be



Noche de Muertos Michoacán

placed at the grave or in the altars at home and ends the morning of the 2nd. For those who have died recently, in other words, receiving their first offering, the homage begins with a novenary, which begins nine days before, and ends on the Day of the Dead. Family and friends gather, say the rosary and ask for eternal rest for the soul of the deceased.

Once the activities in the home are concluded, the family take their offering to the cemetery where they will stay until dawn, along with the other townspeople who are also revering their dead. It is customary for the families to exchange portions of their offerings with families sitting nearby during the vigil. In this way they don't take the same offering home in the morning.

Arches made of woven rods and decorated with yellow marigolds known as *cempoalxóachitl* and hung with fruit such as bananas, oranges, limes, jícamas, as well as bread in the form of animals or rings covered with granules of pink sugar. The tombs are covered with embroidered napkins upon which are placed pots, jugs and baskets of the favorite foods of the departed. Candles guide the path for the death to receive their offering.

The common altar, which is placed in homes, is put together according to the customs of the area, incorporating religious images, photographs of family members that have departed this world, at times clothing or personal or vocational objects in order to evoke that person's presence. Families light candles around a cross made of marigold petals and these remain lit to light the way for the dead. They also use ceremonial pottery, for example flower vases of black clay, to hold the bouquets of yellow marigolds and flower of souls, as well as small incense burners made of the same material with pungent, smoky copal. The foods are varied: fruits and vegetables, bread, bundles of Indian corn, and sugar candies in a variety of shapes. There are always glasses of water for the souls that arrive thirsty as well as dishes filled with salt, to which many meanings are attributed. For some the salt represents perspiration, while for others it represents an offering to the Earth. Some say that salt is identified with baptism or that perhaps it helps to avoid the corruption of the

Noche de Muertos Michoacán



body. A path of marigold petals placed from the door of the house to the altar guides the dearly departed to the offering.

Tzintzuntzan

This town was the capital of the Tarascan Empire. Later, after the Conquest, it was the first city of Michoacán. The vigil of the dead begins in the first minutes of the 2nd of November in the cemetery where families begin to light tapers and candles on the newly cleaned graves. It is also here that they place their unique offering of flowers and foods accompanied by the best pieces of pottery that are made in the region including black glazed earthenware, white ceramics, as well as straw and carved wood angels.

Janitzio

Preparation for the commemoration of the Animecha *kejzitakua* begins the night of the 1st on this picturesque island in Lake Pátzcuaro. Almost at midnight, just before the end of All Souls Day, women and children go to the cemetery in silence to arrange the offering to their loved ones. These include beautiful yellow flowers and, placed on delicately embroidered tablecloths, are the favorite foods of the deceased. The candles lit in the cemetery illuminate the faces which, on that night, will depart with the dead. A bell hanging in the archway leading into the cemetery tolls all night to evoke the spirits of the departed. The participation in the ritual of the vigil is considered sacred for the inhabitants of Janitzio.

Jaracuaro

This ancient town has conserved its tradition within a more pure atmosphere. The ceremony begins with the placement of large arches, one for each neighborhood, which are placed in the atrium of the church. These arches are then decorated with flowers, pine needles, and other plants as well as other common objects. Then groups of dancers perform in the plaza demonstrating their virtuosity as they execute beautiful pieces. Jarácuaro is famous for its musicians and dancers.



Meanwhile at home families prepare the offerings that the women will take to the cemetery at dawn. These offerings are removed when the sun becomes high in the sky and taken to the church where they will chant praises. On the afternoon of the 2nd the offerings are divided among the faithful who set out for the cemetery for the ceremony of the blessing of the dead.

Ihuatzio

Ihuatzio is an ancient Tarascan ceremonial center located on the banks of Lake Pátzcuaro 12 kilometers from the Pátzcuaro- Quiroga highway. The vigil is performed in a very similar manner to that of other nearby towns, but conserves its character of true tradition which modern times have respected.

Tzurumutaro

In this town, located a few kilometers from Pátzcuaro, the celebration to honor the dead is similar to the previously mentioned towns. However the strong agricultural tradition of this area is reflected in the decorations and offerings adorning the graves, such as squash, corn plants, and seasonal wildflowers combined with the candles that illuminate the cemetery.

These are, essentially, the rituals that take place in Michoacán to commemorate the dead as a symbol of devotion and of reaffirmation of our beliefs, as well as remembrance and a sense of presence of those who have gone before us on their journey to death.



**Le célébration
des morts**



La célébration des morts est l'une des plus pures et des plus diffusées parmi les traditions de notre pays. Son caractère notamment religieux est basé sur un mélange complexe de cultures et de traditions. Ce mélange se compose d'une part des croyances et des rituels funèbres de nos ancêtres indigènes, de l'autre, de la liturgie catholique apportée par les conquérants espagnols au XVI^{ème} siècle. Enfin, les groupes d'émigrés venus d'Europe, d'Asie, et d'Afrique du XVI^{ème} au XX^{ème} siècle apportent y leur contribution grâce à leurs rituels de veillée funèbre ainsi que le placement d'autels et d'offrandes dans les maisons et aux cimetières.

Au Michoacán, la célébration des morts a un caractère solennel. Elle garde un sentiment sincère de respect profond et de vénération aux êtres qui n'existent plus matériellement, mais dont l'esprit habite cette terre et auxquels il faut rendre hommage au moyen d'offrandes. En général, les rituels funèbres que réalisent les habitants des communautés indigènes de l'État gardent leurs anciens fondements. Cependant, l'on peut trouver des variantes d'une communauté à l'autre.

Le Lieu où Nous Étions

L'État du Michoacán se localise au centre-ouest de la République Mexicaine, il est voisin des états de Jalisco et de Guanajuato au Nord, de Querétaro au Nord-ouest, de l'État de México et de Guerrero à l'Est, de Colima, de Jalisco et de l'Océan Pacifique à l'Ouest, et de Guerrero et l'Océan Pacifique au Sud. Deux grandes chaînes montagneuses le traversent, qui lui confèrent une géographie très variée ainsi qu'une grande diversité de climats et de paysages. Les montagnes majestueuses, les plaines vertes, les grandes vallées, la beauté de la région côtière, les fleuves et les lacs, sont les attraits naturels que l'État offre aux visiteurs. A tout ceci s'ajoute un riche patrimoine historique et culturel.

Avant la conquête des espagnols, le territoire était habité par un important groupe ethnique; les "tarascos", peuple que les "mexicas" nommèrent; "michuaques", ou les habitants de "Mehuacan", voix "náhuatl" qu'on peut traduire comme: "lieu



des pêcheurs". Au début de la domination espagnole, les chroniqueurs et les conquérants les appelèrent "tarascos"; aujourd'hui, ils se proclament "P'urhepecha". En conséquence, il y a de nombreuses difficultés à se mettre d'accord sur le nom de cette ethnie, il est très difficile d'en préciser l'origine.

D'après l'ancien manuscrit "La Relación de Michoacán", datant de 1541, le groupe primitif nommé "Uacúsechas" était d'origine "chichimeca". Ainsi, entre le XII^{ème} et le XIII^{ème} siècle, arrivèrent dans la région de "Pátzcuaro" les "Uacúsechas", commandés par le "Señor Hireti-Thicateme". Ceux-ci, venus de "Uringuaranpexo" (colline près de "Zacapu"), étaient auparavant établis entre autres à "Naranjan", à "Zichaxuquaro", à "Uyameo" et à "Tarimichundiro".

Quand les "Uacúsechas", s'établirent définitivement dans la région sud-est du lac de Pátzcuaro (à Tarimichundiro), le seigneur Taríacuri réussit la consolidation et l'expansion de la seigneurie qui devint avec le temps l'empire des tarascos, dont la capitale et le principal centre de cérémonies fut Tzintzuntzan. À Tzintzuntzan se trouvent encore les "Yacatas", sous-bassements des temples ou "cues" des "tarascos".

Les "tarascos" furent un peuple guerrier que les mexicas n'ont pu conquérir. La bataille entre les "tarascos" et les "mexicas" et la déroute du roi "Axayacatl" à la frontière de "Taximaroa" (aujourd'hui, Ciudad Hidalgo) fut célèbre. Mais malgré l'esprit militaire qui régnait dans cette société, les "tarascos" se soumièrent pacifiquement aux conquérants espagnols, ce qui permit aux moines franciscains de commencer la conquête spirituelle de la région.

Sous le gouvernement de la "Primera Audiencia", le président Nuño de Guzmán, commença la guerre contre les "tarascos". Comme conséquence des atrocités perpétrées par Nuño de Guzmán contre les indigènes, les villages se sont dépeuplés. La paix ne fut rendue possible que grâce au travail des moines franciscains et à l'intervention de "l'Oidor" Vasco de Quiroga qui arriva dans la région en 1533. Plus tard, quand il fut nommé évêque (le premier du Michoacán), Vasco de